

“LA PARADOJA DE LA ORACIÓN”

Tomado del libro: La Oración, teología y práctica de Fernando A. Mosquera

La oración siempre será un evento paradójico. Es paradójico porque, por un lado, Dios es un ser omnisciente, soberano y poseedor de múltiples atributos, entre los cuales se encuentra la *prognosis*; por otro lado, el hombre es un ser dependiente y finito. Dios como omnisciente todo lo escruta, todo lo escudriña, todo lo sabe. Como soberano, su voluntad se ejecuta. Frente a estos atributos divinos, ¿qué opciones tiene el hombre? Prácticamente, ninguna, a no ser que Dios las posibilite. Si Dios lo sabe todo, ¿por qué debemos pedirle? Si ha tomado decisiones de antemano, ¿qué sentido tiene pedir sobre lo que él ya ha decidido? ¿Acaso el hombre puede hacer que Dios revoque una decisión soberanamente tomada? Si Dios conoce nuestras necesidades (Mateo 6:8; Lucas 12:30), ¿por qué debemos pedirle cuando él sencillamente puede cubrir nuestras necesidades? Antes de proceder a responder estas preguntas afirmemos la importancia que tiene la oración, a través de una nota extraída de Bruce Milne: “...la historia cristiana confirma claramente que una vida en la que la oración es un ejercicio regular y serio es una vida que conocerá mucho de la paz y el poder de Dios”. Volviendo a la pregunta problematizadora, Wayne Grudem plantea el siguiente interrogante: ¿por qué Dios quiere que oremos? La pregunta la resuelve desde tres perspectivas:

Primera perspectiva: Expresión de confianza.

La oración no está hecha para que Dios pueda enterarse de lo que necesitamos...Dios quiere que oremos porque la oración expresa nuestra confianza en Dios y es un medio por el cual nuestra confianza en Él puede aumentar. De hecho, tal vez el énfasis primordial de la enseñanza de la Biblia sobre la oración es que debemos orar con fe, lo que quiere decir confianza o dependencia en Dios. Dios, como nuestro Creador, se deleita en que confiemos en Él como sus criaturas, porque una actitud de dependencia es la más apropiada para las relaciones entre el Creador y la criatura. Orar en humilde dependencia también indica que estamos genuinamente convencidos de la sabiduría, amor, bondad y poder de Dios, y ciertamente de todos los atributos que forman su excelente carácter.

Segunda perspectiva: Fortalecimiento de la comunión con Él.

Pero Dios no sólo quiere que confiemos en Él. También quiere que le amemos y tengamos comunión con Él. Esto, entonces, es una segunda razón por la que Dios quiere que oremos: la oración nos lleva a una

comuni3n m1s honda con Dios, y a él le encanta y se deleita en nuestra comuni3n con él.

Tercera perspectiva: Intervenci3n en los planes de Dios.

En la oraci3n Dios nos permite, como criaturas, participar de actividades que son de importancia eterna. Cuando oramos, la obra del Reino avanza. De esta manera, la oraci3n nos da la oportunidad de invertir de una manera significativa en la obra del Reino, y así dar expresi3n a nuestra grandeza como criaturas hechas a imagen de Dios.

De alguna manera, la oraci3n y el acto de orar constituyen una paradoja. Dios puede cambiar una decisi3n que previamente había tomado, movido por la oraci3n intercesora de sus hijos. El acercamiento a la paradoja de la oraci3n y a la pregunta formulada debe hacerse desde varias perspectivas, adem1s de las ya vistas:

Dios como ser de relaci3n y de amor. Dios en su esencia es un ser cerrado, toda vez que, a despecho de lo que enseñan tanto la Teología del Proceso como el Tesimo Abierto, el ser de Dios ni es modificado, su conocimiento no es afectado, ni sus decisiones soberanas son influenciadas por nadie. Sin embargo. Cuando se relaciona con el universo y las criaturas que lo habitan, se torna en ser abierto, por lo que est disponible a todas y a cada una de sus criaturas, esto lo afirma el Salmo 104:25-28: "He all el grande y anchuroso mar, en donde se mueven seres innumerables, seres pequeños y grandes. All andan las naves; all este leviatán que hiciste para que jugase con él. Todos ellos eran en ti, para que les des su comida a su tiempo. Les das, recogen; abres tu mano, se sacian de bien". De este texto se desprende que Dios se relaciona con todos y cada uno de los seres que ha creado. Ninguno, absolutamente ninguno, escapa de su control, de su autoridad y de su soberanía. Dios, pues, es un ser relacional y comunicativo. Como persona abierta a su creaci3n, especialmente al hombre, no escatima ningún esfuerzo por relacionarse con el hombre y porque éste se comunica con él. Una de las mediaciones comunicativas es la petici3n.

Dios podría sencillamente otorgarle al hombre todos los favores divinos diseñados para su beneficio sin que este acudiera a él en oraci3n. Debo reconocer que muchas veces esto ocurre sin que nosotros nos demos cuenta o seamos

conscientes de nuestras necesidades¹. Sin embargo, anhela profundamente que entremos en comunión con Él, que entremos en intimidad con Él y en medio de esa intimidad le pidamos todo lo que necesitamos. Nuestras peticiones a Él son indicio de nuestra cercanía, confianza, compañerismo, además de reconocerlo como Padre, Sustentador y Providente.

El inmenso amor de Dios nos lleva a anhelar que sus criaturas débiles, frágiles, necesitadas del favor celestial acudan a Él y le expresen todo lo que está en sus corazones y mentes. Es la actitud amorosa de un padre que espera que su hijo se siente en su regazo y le comente los acontecimientos del día, sus frustraciones y alegrías, logros y fracasos, temores y sueños, y le comunique sus necesidades. Pero no sólo le comunique lo que ya se ha expresado, sino que busque la protección, mimos, caricias y la comprensión de su padre. En ese momento de intimidad, el hijo se siente en libertad de confesarle a su padre sus faltas y errores, sabiendo que no recibirá juicio de parte de Él sino orientación, corrección, consejo y amor. En ese tipo de relación no hay utilitarismo, no hay cosificación, no hay manipulación, no hay actividad ventajosa en ninguna de las partes, sólo hay comunión y amor expresivo.

Así las cosas, Dios anhela palpitantemente que cada criatura, que cada hijo suyo acuda a Él para ser mimado, acariciado, escuchado, comprendido, sorprendido, perdonado, protegido y orientado por su Amantísimo Padre Celestial. Aquí no sólo se trata de pedir. Se trata de entrar en profunda y dinámica relación con Dios.

Ésta es una de las razones por las cuales Dios, quien conoce nuestras necesidades y quien está dispuesto a obrar en nuestro favor sin que nosotros se lo pidamos, anhela que le pidamos todo lo que necesitamos. Desea que le comentemos nuestros pesares, temores, miedos, sueños y profundos anhelos.

Dios como ser providente. Otro acercamiento que complementa al anterior está referido a la Providencia divina. A Dios le agrada que le pidamos, porque en ese gesto estamos reconociéndolo como *Yahweh Yiré*, como Dios proveedor y sustentador no sólo de su creación sino del individuo en particular. Cuando se le pide a un superior se está reconociendo que Él tiene la potestad, los medios y la voluntad de suplir nuestras necesidades. Esto constituye, a ultranza, un acto de adoración, ya que el cristiano genuino se acoge a la providencia y a la bondad de

¹ En muchísimas ocasiones Dios contesta oraciones no elevadas, responde peticiones no formuladas, nos otorga favores sin que se los solicitemos. Creo que esto es así debido a que el hombre no conoce la magnitud de sus necesidades y de su tragedia humana. Así que Dios suple esas carencias sin que el hombre se dé cuenta de su necesidad.

Dios. Así que cada petición nuestra afirma que Dios es amoroso y bondadoso, que nos extiende su gracia y que es el dueño absoluto de todo cuanto existe.

El Salmo 104 constituye un poema a la providencia de Dios. Ese hermoso poema, de manera muy gráfica, dibuja la forma en la que Dios sustenta su creación como ser providente. Este salmo presenta una de las verdades más sublimes que se consignan en la Palabra de Dios. La Biblia presenta a Dios como *Yahweh Yiré*, es decir como Dios proveedor o Dios providente. La providencia de Dios está en íntima relación con su omnipresencia y su omnisciencia. La mirada escrutadora de Dios todo lo escrudiña, todo lo penetra y todo lo transparenta, y su providencia es el cuidado que Él tiene de todo lo que está bajo su mirada penetradora.

Pareciera que el Salmo 104 fuera una ampliación del concepto de providencia que se encuentra en Génesis 1. Mientras en Génesis identifica el acto creador, soberano y todopoderoso de Dios, el Salmo 104 señala el cuidado que Dios tiene de su creación. Es como si el Salmo 104 fuera una explicación o un comentario que, desde la doctrina de la Providencia divina, se hiciera del acto creador registrado en Génesis 1.

Bendice, alma mía, a Jehová. Jehová, Dios mío, mucho te has engrandecido; te has vestido de gloria y de magnificencia: el que se cubre de luz como de vestidura, que extiende los cielos como una cortina, que establece sus aposentos entre las aguas, el que pone las nubes por su carroza, el que anda sobre las alas del viento, el que hace a los vientos sus mensajeros y a las llamas de fuego sus ministros. Él fundó la tierra sobre sus cimientos; no será jamás removida. Con el abismo, como con vestido, la cubriste; sobre los montes estaban las aguas. A tu reprensión huyeron; al sonido de tu trueno se apresuraron; subieron los montes, descendieron los valles al lugar que tú les fijaste. Les pusiste un límite, el cual no traspasarán, ni volverán a cubrir la tierra. Tú eres el que viertes los manantiales en los arroyos; van entre los montes.²

Este salmo, de manera poética, expresa la soberanía que Dios ejerce sobre su creación. En este salmo se explica la afirmación que David había hecho en el Salmo 24:1, 2: “De Jehová es la tierra y su plenitud; el mundo y los que en él habitan: Porque él la fundó sobre los mares y la afirmó sobre los ríos”. El mundo es de Dios por

² Salmo 104:1-10

creación, por posesión y por redención. Dios es rey y señor de todo cuanto ha creado. El omnipotente y soberano Dios ejerce pleno dominio de, absolutamente, todo. El Salmo 24 afirma inequívocamente que el mundo es de Dios. Y el Salmo 104:1-10 muestra la forma como Dios ha ordenado todo. [...]

A pesar de la voracidad humana y de la apostasía de nuestra raza, Dios continúa y continuará teniendo cuidado de cada uno de nosotros, Dios cuida a todos los hombres y da de comer a cada uno. Tal vez frente a estos asertos surjan las preguntas ¿entonces por qué existe violencia, hambre y depredación humana?, ¿por qué Dios lo permite? Debemos recordar que el hombre es un ser totalmente libre, y como tal, actúa. Dios en su soberanía y en sus decretos eternos determinó que el hombre tuviera libertad y que como ser moral diferenciara lo bueno de lo malo y obrara de acuerdo con ese discernimiento. Cuando el hombre hace el mal tiene conciencia plena de su elección. Dios frecuentemente nos está alertando de las consecuencias de hacer el mal y de los beneficios que trae hacer el bien. A veces, utiliza situaciones muy angustiantes y consecuencias que tengan que afrontar, las consecuencias trae el mal son una acción amorosa y providente de Dios para amonestarnos a no practicar el pecado.

Dios fue, es y será providente, Dios hizo una promesa a la raza humana, a la cual jamás faltará: “Mientras la tierra permanezca, no cesará la sementera y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, el día y la noche” (Génesis 8:22). Esa promesa hecha a la raza humana es coextensiva al individuo.

Este Coloso Providencial, extrema e inmensamente amoroso y bondadoso quiere que le pidamos el reconocimiento de su providencia.

Expresa dependencia de Dios. La dependencia entre los seres humanos es inconveniente, ya que obtura las iniciativas y la creatividad del individuo. La relación, por lo tanto, entre los seres humanos no debe ser de dependencia sino de interdependencia. Todos dependemos de todos, dada nuestra naturaleza finita y nuestra condición precaria. La dependencia causa paternalismo y éste es fuente de avisos y de sometimiento servil del otro. Si todos dependemos de todos nos ubicamos en una relación sana de igualdad y de cooperación recíproca.

Pero cuando el cristiano se relaciona con Dios, el asunto cambia radicalmente. La naturaleza humana es tal que el individuo depende de Dios para poder subsistir. La dependencia por parte del hombre de Dios es salvífica, liberadora y a la vez transformadora, ya que nos libera de todas las fuerzas opresoras que subyugan al ser humano. En este contexto cobran inusitada vigencia las palabras de Cristo: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y

conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres... Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres" (Juan 8:31, 32, 36). Si dependemos de Dios nos libera de nuestras propias pasiones, de fuerzas opresoras y guía nuestro sendero.

Cuando pedimos a Dios reconocemos, consecuentemente, que Él es autosuficiente, confiamos en Él y dependemos de Él. La dependencia de Dios subsume nuestro ser en la misma persona de Dios, y de esa forma nuestra vida encuentra sentido y halla dirección.

Naturaleza polisémica de la oración. Otro acercamiento que debemos darle a nuestra pregunta es la naturaleza polisémica de la oración. Hemos visto que la oración tiene muchos elementos conocimientos, tales como la acción de gracias, alabanza, arrepentimiento, confesión de pecados, humillación, silencio, euforia, quietud y peticiones. El acto de pedir es parte constitutiva e inalienable de la oración, por tal motivo, a Dios le place que sus hijos se acerquen a Él en actitud petitoria.

¿Acaso pedir es malo? El acto de pedir comporta vulnerabilidad, dependencia, fragilidad y humildad de parte del peticionario. El acto de pedir combate la soberbia, la arrogancia y la autosuficiencia en el sujeto peticionario. Si pedir puede resultar positivo, también puede convertirse en una conducta viciada y cínica, además de manifestar dependencia servil y alienante. Me explico: cuando pedir al prójimo se convierte en un estilo de vida y en una conducta consuetudinaria resulta muy dañino para el sujeto peticionario, además de obturar toda posibilidad de desarrollarse como sujeto productivo. Cuando el cristiano se acerca a Dios de manera irreverente, soberbia y cínica para hacerle demandas y reclamos, ese acto es peligrosamente inconveniente; en cambio cuando lo hace con reverencia, con humildad y con claras evidencias de necesidad y de vulnerabilidad, su ser se agiganta y encuentra en la Fuente Prístina las respuestas que su alma anhela.

Explora nuevas posibilidades. Cada vez que entramos en la presencia de Dios en oración gozamos del beneficio de explorar nuevas posibilidades, nuevas perspectivas, se amplía el espectro de nuestro conocimiento, se agiganta nuestro ser, conocemos nuevas realidades, un nuevo mundo se abre a nuestros pies, podemos presenciar la realidad divina expuesta y es una experiencia sublime, aun cuando no seamos conscientes de todos los alcances de ese acto.

Dios quiere que profundicemos nuestro conocimiento, que nuestras potencialidades se multipliquen, que nuestras experiencias se amplíen y que nuestro ser crezca. Por estas razones nos invita a entrar en su presencia, para tener todas estas experiencias.

Es una experiencia sublime el hecho de que el Eterno Dios conteste nuestras peticiones, concediéndonos lo que humildemente le pedimos. Es tremendamente impactante el hecho de que el Creador del Universo, el Todopoderoso, el Omnisciente, Omnipotente y Omnipresente Dios, quien todo lo sabe y todo lo puede le preste atención a seres tan débiles e impotentes como nosotros. Él quiere que nosotros sintamos su amor, cuidado y protección. Por eso nos invita a clamarle a Él.

Trae beneficio a otros. Una de las orientaciones que toma la oración es la intercesión, es decir, el clamor que hacemos a favor de terceras personas, cuando oramos e intercedemos en oración por otros, estamos meditando para que la bendición y cuidado de Dios se extienda a otros. Así que nuestras súplicas favorecen a aquellos por quienes intercedemos ante el Trono de la Gracia.

Las oraciones vicarias son redentoras, en tanto que se solicita a Dios redima a la persona por quien estamos intercediendo. Esa persona experimenta el favor de Dios. Por otra parte, cuando pedimos algo a Dios estamos invitando a todos los hombres a hacer lo mismo y a reconocer que Dios es un ser amoroso, que le gusta comunicarse con los hombres y que ama el hecho de que los hombres se comuniquen con Él y que entren en su presencia para recibir su perdón, para recibir su orientación, para obtener su favor y para gustar de su benevolencia.

Expresa amistad con Dios. Hay una relación inescindible entre petición, respuesta a nuestra petición, gratitud y amistad permanente con Dios. La petición abre el camino a la respuesta divina a nuestras plegarias, la respuesta a nuestras oraciones abre el paso a nuestra gratitud y confianza, y la confianza da paso a la amistad con Dios. Cuando se da la amistad con Dios suceden dos cosas: a) lo obedecemos y b) Dios nos comunica su consejo y sus decisiones. Jesús hizo la siguiente declaración: “Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer” (Juan 15:14, 15).

La oración es un gran medio de entablar una relación de amistad con Dios. Es dentro de esta relación de amistad de Yahweh exclamó: “Clama a mí, y yo te responderé, te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces” (Jeremías 33:3).

La oración es una fuente epistemológica muy importante para el cristiano, ya que abre nuevas vías de conocimiento tanto relacional como teórico de las cosas divinas. La oración abre paso a la amistad con Dios. Esa amistad posibilita que el creyente adquiera conocimientos profundos, que de otra manera no podría conseguir. Ésta

es tal vez una de las razones más poderosas por las que Dios anhela que le pidamos en oración.

Porque en la presencia de Dios el cristiano es transfigurado. Dios es un ser transfigurador y transformador. El cosmos (la creación) es el resultado del gran *fiat* divino: la *exnihilo* es testigo de la potencia divina. Lo *que no era* llega a *ser* por la voluntad y el gran poder de Dios. El *no-ser* se transfigura en *ser*, el caos (*tohuwa bohu*) se transfigura en orden, en armonía, en cosmos. Un clan de nómadas (la familia de Abraham) se convierte en una gran nación que ha alcanzado trascendencia mundial y ha hecho significativos aportes a la raza humana y a la historia de las naciones. Dios en sí mismo es un ser generador de posibilidades, de exigencias, de profundas y extensas transformaciones.

La presencia de Dios es profundamente transformadora y transfiguradora. Hay varios ejemplos en la Biblia donde se puede ver la dinámica transformadora y transfiguradora de Dios.

Él transforma lo vil en grandeza, Él transmuta el corazón perverso del hombre en un corazón santo. Lo inútil lo convierte en útil. Un ejemplo de esta transmutación lo encontramos en uno de los personajes centrales de la Epístola a Filemón, denominado Onésimo. Según Pablo, este personaje fue en otro tiempo un ser por útil, inútil (*ájreston*), pero ahora al ser confrontado con la Cruz se transfiguró en un ser útil (*eújreston*), Filemón 1:10, 11. [...] Otro ejemplo lo encontramos en Saulo de Tarso, quien fue trasmutado de un furibundo perseguidor de la Iglesia naciente a un abnegado y consagrado predicador y apologista del “Camino” que antes perseguía. [...]

Los nueve acercamientos presentados para responder a la pregunta problematizadora que originó este ítem, si bien no constituyen una respuesta absoluta y definitiva, sí presentan elementos definitorios es decir, elementos cuya naturaleza y conceptualización nos ayudan a entender las razones por las cuales Dios anhela que sus criaturas se acerquen a Él para solicitarle su ayuda, socorro y misericordia.